

REVISTA DE ALBACETE

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y POLÍTICO

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR: D. MANUEL ALCAZAR Y GONZALEZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En la Capital 50 céntimos de peseta al mes.—Fuera 1'50 pesetas trimestre (pago anticipado).

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de San Agustín, números 18 y 20, principal, donde se dirigirá toda la correspondencia.

PSICOLOGÍA FISIOLÓGICA

DE D. URBANO GONZALEZ SERRANO

Continuación. (1)

Capítulo XIII. *Cualidad espontánea de la Psiquis*. Capítulo XIV. *La espontaneidad consciente ó libertad*. Capítulo XV. *La libertad y el mecanismo*. Con la misma profundidad que en los capítulos anteriores de su obra, trata D. Urbano González Serrano en los que dejamos enumerados la importante cuestión de la libertad después del exámen de la voluntad y de la espontaneidad, y sin desconocer el valor que en esta cuestión tiene lo corpóreo hasta el punto de reconocer al cuerpo no sólo un valor psicológico y lógico sino también moral. Prescindiremos de seguir al señor Serrano en el estudio que hace en estos tres capítulos de su obra, para fijarnos sólo en lo que dice de la libertad individual ó de la determinación de la voluntad por ser cuestión puesta hoy sobre el tapete de la discusión y por tener una verdadera importancia y trascendencia para la responsabilidad de nuestros actos y para la organización de la sociedad.

D. Urbano González Serrano no es defensor del libre albedrío, que supone en nosotros un poder arbitrario que se determina á capricho, que elige entre el bien y el mal y que ha llevado á formar de la libertad un falso concepto hasta el punto de considerarla como un mal. No, la libertad no puede ser

(1) Véase el número anterior.

la arbitrariedad, la libertad no puede consistir en elegir el mal y dejar de hacer el bien, porque semejante libertad acusaría en nosotros una imperfección hasta el punto de que el Sér infinito-absoluto que pensamos como dotado de toda clase de perfecciones es imposible que sea libre de esa manera. Por otra parte, esa arbitrariedad en las determinaciones de nuestra voluntad supondría en ella un aislamiento en que no vive, ni puede vivir, pues sin este aislamiento la voluntad recibe de lo exterior y de su propia evolución anterior influencias que no pueden ser indiferentes á su determinación. El organismo que forman las que se llaman propiedades de nuestro espíritu, la relación y compenetración en que este vive con la parte fisiológica de nuestro sér hasta el punto de ser imposible la separación de lo psíquico y lo corpóreo y la relación que por medio del cuerpo sostenemos con el exterior viniendo á formar parte de otros organismos más complejos que se mueven y viven de modo semejante á nuestro organismo individual, revela que cada acto de nuestra vida y cada determinación de nuestra voluntad es resultado de un completísimo número de elementos que en su mayor parte no podemos apreciar la participación que tienen en nuestra conducta en un hecho concreto; pero sí podemos afirmar que los hechos no son el resultado, la consecuencia ó el efecto de una causa única y simple. Es verdad que la voluntad tiene estados y que estos estados son determinados por la voluntad, pero la voluntad no produce la determinación arbitrariamente sino en

virtud de las circunstancias que le rodean, de las que le han precedido y hasta de las que la inteligencia y el sentimiento le ponen como esperanza, deseos ó ideales en lo porvenir.

Hay, pues, que rechazar esa libertad defendida por el Catolicismo, esa arbitrariedad que pugna con nuestra naturaleza racional, y con la que sería imposible toda organización social y toda marcha ordenada de la vida y que nace de que la conciencia sólo puede darnos testimonio del hecho de la determinación y de la existencia de la voluntad determinada cuyo limitado conocimiento nos ha hecho concebir la ilusión de que determinamos la voluntad como queremos, sin que ésta tenga que someterse á influencias y condiciones de ninguna clase.

Como polo opuesto á esta doctrina del libre albedrío está en nuestros días la doctrina determinista que anula por completo la actividad de la Psiquis, el poder de nuestra voluntad y que estima que los estados de esta no son producidos por la voluntad misma sino por causas exteriores, extrañas á ella. Es decir, que el determinismo cree que el hombre se mueve como la hoja del árbol por el viento ó las olas del mar, cuyo movimiento viene de fuera, sin que la hoja, ni el agua tengan ningún movimiento propio, ni menos participación consciente en los cambios que ejecutan. Comparar el movimiento de nuestro espíritu, la vida del hombre, con esos movimientos en que los cuerpos materiales permanecen pasivos y en que son arrastrados por virtud de fuerzas y agentes que les son extraños, es un error que el Sr. González Serrano combate y que está contradicho por el testimonio inmediato de la conciencia, por los adelantos de las mismas ciencias naturales y por la historia y experiencia propia de cada hombre. El hombre no es la hoja del árbol, que camina al acaso impulsada por el viento; que marcha sin tomar participación ninguna en el camino que recorre; nuestra vida se produce de otra manera é indudablemente tenemos en ella una mayor participación que las olas del mar tienen en la velocidad que adquieren cuando son azotadas por los vientos.

Nuestro amigo no podía caer en este error y en esta exageración del determinismo, pues nos ha repetido muchas veces en los capítulos de su obra que la vida no es una contestación de lo que recibimos de lo exterior, ni la escitación y el movimiento la salida hacia fuera de lo comunicado por la sensación. En nosotros hay algo, una actividad, dice el señor Serrano, que pone todo aquello que no está en nuestro organismo y que no se recibe en la sensación, y este algo, esta actividad es la Psiquis, que estudia la Psicología y que si bien es paralela y hasta se compenetra con la actividad orgánica no puede confundirse con ella. Pues bien, nuestro ilustrado amigo, consecuente con esta su doctrina, la repite en la importante cuestión de la libertad y dice que no es cierto que seamos un sér, un objeto pasivo movidos por extrañas fuerzas, sino que en nosotros hay un agente, una actividad, una energía que concurre con otras al cumplimiento de un fin. Esta es para nosotros una verdad que confirma el testimonio de la propia conciencia y la experiencia diaria de la vida. La conciencia nos dice que la determinación, el estado que llamamos de nuestra actividad es determinación y estado que hace la voluntad moviéndose dentro de sí misma para producirlo y hacer real parte de nuestra esencia. En esto consiste precisamente la vida. Nosotros podemos concertar los estados de la vida para que resulte más perfecta y desde luego lo hacemos y podemos también rectificarla y enmendarla cuando la idea ó la experiencia nos aconsejan esa rectificación ó enmienda. Esto prueba que tomamos parte en la producción de nuestra vida que es una labor que no nos es extraña. Pero resta una cuestión en que no hemos encontrado al señor González Serrano del todo explícito, en que alguna vez se nos ha figurado hallarle contradictorio y que es importantísima para formar el concepto de lo que se llama libertad del hombre. Bueno que la voluntad sea una energía, que no se borre por las influencias que recibe, que no pueda ser sustituida en su propia determinación; pero el caso es saber si la determinación de la voluntad es en cada momento fatal y necesaria, según las circunstancias, antecedentes y precedentes

que á la voluntad rodean ó si á pesar de todas esas circunstancias la voluntad podría determinarse de distintos modos contrariándose. Si la voluntad tiene este poder, si es una anergia que puede vencer á cuantas fuerzas concurren con ella para el cumplimiento de un fin, en último resultado venimos á dar la razón á los partidarios del libre albedrío y si la voluntad por más que sea una energía insustituible que concorra con otras al cumplimiento de un fin viene por su propia naturaleza y por la naturaleza de las fuerzas que con ellas concurren á tener una dirección fija é invariable, preciso es confesar que tiene mucho de verdad la doctrina determinista en cuanto se refiere á la necesidad de la determinación de nuestra actividad por más que se equivoque al negar ó sustituir la energía voluntaria con las fuerzas exteriores que le rodean y que contribuyen con ella á la producción de la vida. D. Urbano González Serrano no es en este punto todo lo explícito que buscábamos y como tenemos dicho se nos ha figurado que huyendo del libre albedrío ha afirmado que la voluntad se mueve siempre dentro de la necesidad y huyendo del determinismo ha dicho que por encima de esa necesidad está siempre el poder de la voluntad que determina sus actos.

Nosotros no contamos con conocimientos bastantes para tener una opinión definitiva y segura en cuestión tan importante, pero en la necesidad de formar juicio con los datos que poseemos, creemos en la necesidad de la determinación de nuestra voluntad. Ya hemos sostenido esta opinión otras veces y todavía no hemos encontrado nada que nos haga rectificarla ó abandonarla por completo. Creemos sí que la voluntad es una actividad, como lo es el pensamiento; pero voluntad, pensamiento y todo se produce según las condiciones de su naturaleza y de cuanto le precede, sigue y acompaña y por consiguiente con cierta fatalidad. Esta fatalidad la atribuimos injustamente muchas veces á causas extrañas y la llevamos dentro de nosotros. Todos los males de que nos lamentamos han sido obra nuestra y los hemos preparado cuidadosamente sin saber lo que hacíamos. Muchas veces, cuando reconocemos nuestras

equivocaciones, decimos que si volviéramos á nacer obraríamos de otra manera; es un error, si volviéramos á nacer sin el recuerdo y la experiencia de la primera vida obraríamos lo mismo que en ella y nuestra segunda vida sería una repetición de la anterior. Veríamos al hombre y á toda la humanidad seguir el mismo camino; repetir lo que hizo y de que después se arrepintió. El hombre que con recto y fijo criterio rige su vida y concierta los actos de la misma haciendo como decimos antes que resulte la armonía del vivir no es más libre que aquel que se mueve á impulso de agentes extraños y que no conoce el enlace de uno y otro de los estados de su voluntad; el primero ha llegado á un estado en que le es imposible vivir y moverse de otra manera y para él es tan necesario ese concierto y armonía consciente de la vida como para el segundo el desconcierto y la falta de dirección consciente de su conducta.

Basta ya de libertad, pues es preciso terminar para dejar en otro número de la REVISTA al Sr. González Serrano exponer los resultados de su estudio y las consecuencias para el sentido de la indagación filosófica.

Hoy sólo nos resta decir que el capítulo XVI de la *Psicología fisiológica* del Sr. Serrano se ocupa en la evolución determinista y el Monismo.

En este capítulo examina el Profesor de Psicología las teorías de Harman que le sirven para afirmar una vez más el criterio que preside en toda su obra.

M. ALCÁZAR.

(Se continuará)

EL LOCO DEL SIGLO

I

El mundo es un manicomio, una gran casa de orates.

No es nuestro propósito hacer una historia filosófica de la locura; tan temerario empeño implicaría una insigne locura, que locura y de primer orden sería soñar con una HISTORIA DEL PROGRESO á través de la humanidad.

Que la locura apareció con el primer hombre, es una verdad inconcusa; que tiene mu-

cho de contagiosa, no habrá quien lo ponga en duda; que todas las grandes locuras responden á una necesidad, está fuera de discusión.

¿Qué hubiera sido de la humanidad, sin esos locos sublimes, que han cruzado la tierra con la brillantez de un meteoro, dejando por do quier ráfagas luminosas de su genio, destellos brillantes que asombran por lo inconcebible de su osadía?

Discurramos sobre estas magníficas quimeras, realizadas por la temeridad.

Sólo el hombre sobre la superficie de nuestro planeta, en lucha constante con los elementos, agobiado por las necesidades, indudablemente protestó contra su creador, y de aquí la primer rebeldía; á solas con su inteligencia, admira los grandiosos espectáculos de la naturaleza, que cantan las grandezas del infinito con el lirismo más completo y en el más bello de los lenguajes; se siente capaz de sentir y pensar, presiente que «querer es poder,» remóntase en alas de su fantasía, y por un inconcebible milagro, el pigmeo se transforma en gigante, el hombre en un semidiós.

Los agentes misteriosos de este milagro, son, «el aguijón constante del deseo,» y la nunca perdida esperanza de «lo mejor.»

Estos dos móviles son la poderosa palanca del progreso, *el quid divinum* de todos los grandes delirios, el por qué las especulaciones científicas no encuentran límite en el tiempo, ni en el espacio.

Con esta no interrumpida esperanza, con este insaciable deseo, nuevo Titán que sueña escalar el cielo, construye el telescopio, consiguiendo que los astros desciendan hasta su voluntad, estudia las leyes físicas que rigen el sistema planetario, mide las distancias, observa sus infinitas revoluciones, predice los eclipses, pesa el volúmen de esas eternas luminarias que tachonan el firmamento como si hubiera presidido á su creación, y todo con una precisión matemática, que revela el poder de la inteligencia, que da una prueba palmaria de lo que el hombre puede alcanzar en alas de su deseo; por un singular contraste sorprendenos nuevamente con el microscopio, centuplicando la perspicacia de nues-

tros sentidos, mostrándonos el mundo de los seres maravillosamente pequeños, seres que hubieran pasado completamente desapercibidos á la simple vista y que hoy se estudian hasta el infinito por esta peregrina antimonia de los contrastes. Con esta esperanza traza la brújula un derrotero seguro en la inmensidad de los mares, y la Europa sobrecogida saluda llena de júbilo á los intrépidos navegantes, que descubren ignorados mundos llenos de fe y esperanza; con este deseo esclaviza la imprenta, el pensamiento humano fugitivo, variable como los colores del prisma, poniendo la ciencia y la ilustración al alcance de todas las fortunas mediante el comercio recíproco de las ideas; con esta esperanza aprisiona el vapor y lleva el comercio y la industria á todos los climas y á todas las zonas; taladra las montañas, y une los abismos por atrevidos puentes, dejando las inaccesibles rocas y las nevadas crestas como eternos monumentos en que las generaciones futuras admiren las concepciones colosales de nuestros días; con este deseo encadena el rayo, hácele su esclavo sumiso, instantáneo conductor de su pensamiento, escrito con caracteres de luz á todas las regiones y á todas las latitudes, acorta distancias, suprime fronteras, borrando la ley de razas, fundiendo la humanidad en una sola familia, sublime ideal de los tiempos modernos; con este deseo se afanan en nuestros días por realizar el sueño dorado de la navegación aeréostática y submarina; no falta quien sueñe con la cuadratura del círculo y el movimiento continuo; con este deseo se señalan para dominio de las olas los arenales de Suez; con esta esperanza se anuncia la unión de la Francia y de la Inglaterra por medio de un puente tubular al que sirva el Occéano de magestuosa techumbre; con esta esperanza buscaban los alquimistas de la Edad Media la piedra filosofal; con esta esperanza se afanan los locos de todas las edades, gastan su vida entera, aceptan el sacrificio, arrostran la befa y el ludibrio de sus contemporáneos, y todo por allegar su grano de arena á ese esplendoroso edificio con que el presente sueña sorprender á los que nos sucedan.

Que todos los grandes descubrimientos se

deben á esa pléyade, nunca bien admirada, de locos, que ilustran los anales de la humanidad, queda demostrado con la rapidez y concisión que un ligero artículo exige; que todos sus adelantos son otras tantas piedras millarias, que marcan un gran progreso, una necesidad satisfecha en el doloroso calvario de los pueblos, en esa eterna peregrinación sobre el planeta, cuya ténue costra terrestre, explota el hombre, es una verdad que no admite demostración; que la ciencia, en amigable consorcio con *la esperanza y el deseo*, resolverán grandiosos problemas, rectificando en cuanto es dable la obra del Creador, no es un imposible, dados los poderosos recursos de la dinámica, la perfección de que la maquinaria es susceptible y la incontrastable resistencia que como punto de apoyo para conmover el mundo, nos presenta una gota de agua descompuesta en vapor.

¿Faltarán nuevos locos que sueñen colosales empresas, hasta el extremo de que nuestros nietos se avergüencen ante la pequeñez de nuestras obras?

¡Quién pudiera ser eterno!

¡A quién fuera dable despertar después de un sueño de algunos siglos!

«El mundo marcha,» ha dicho un gran publicista.

Confiemos en el porvenir.

II

Apena y entristece el ánimo meditar el estado de abyección y de miseria en que se encuentra sumido el Egipto.

Recordar el grado de esplendor que alcanzara en mejores días; enumerar la civilizadora misión que llegó á realizar con tanta fortuna como buen deseo, exige una série de conocimientos que no alcanzamos; analizar sus numerosas conquistas, sin datos, sin hechos precisos, nos induciría al error, falta censurable en que jamás incurre quien tiene conciencia del poco valer; cantar sus victorias nos es imposible por cuanto sus memorables hazañas son dignas de la epopeya; resucitar el pueblo de los Faraones, conocer su historia, interpretar sus leyes, estudiar sus costumbres, evocar sus recuerdos, descifrar sus jeroglíficos, sólo es dado al genio investiga-

dor de los Champolión, que con una perseverancia tenaz ha sabido arrancar sus secretos á las pirámides, esos colosos de granito perdidos en el desierto, que lo mismo desafían á la mano destructora de los siglos, que resisten las desencadenadas iras de Semoun.

El Egipto, lazo de unión entre el Oriente y el Occidente, ocupa desde tiempo inmemorial una de las más brillantes páginas en la historia de la civilización; la tierra clásica de los Faraones, encierra en su seno el Sinaí de las ideas del mundo antiguo; allí se elaboran los grandes pensamientos; allí se condensan las evoluciones hacia el perfeccionamiento humano, como si los rayos tropicales produjeran una dilatación del cerebro, multiplicando los fines para realizar grandes progresos morales y materiales, que la razón humana no alcanza á explicar hoy, dados los tiempos en que se llevaron á feliz término tan colosales empresas.

Nacer, crecer y morir, es la ley de la historia, nunca desmentida, que lo mismo se cumple en los pueblos que en los individuos.

Á mayor apogeo, mayor suma de decadencia; tal es la ley eterna, ineludible, inmutable, como la de la gravitación.

De aquel Egipto cuya infancia es un Oriente iluminado por las purísimas tintas que presiden el advenimiento á la vida; de aquel Egipto que alcanza su mayor grado de esplendor bajo el discrecional poder faraónico, sólo resta un sombrío y desconsolador ocaso, representado por la errante caravana que cruza el desierto, tristes restos del pueblo de Israel, conducido por su inmortal caudillo lleno de fe y entusiasmo á la *tierra de promisión*.

El Desierto con sus eternas llanuras, falto de vida, exhausto de vegetación, oprime la conciencia; es la imágen apocalíptica de la esterilidad; es en el mundo físico lo que en el mundo moral, el alma excéptica engolfada en la duda, perdida en la sombría noche del acaso, por falta de ideas luminosas que fecunden la inteligencia, único faro que puede guiarnos al oasis de la felicidad, á través del trabajo y la ciencia.

Los hijos del siglo XIX podemos estar orgullosos, que orgullo y legítimo se siente an-

te la idea de tender sobre las arenas del desierto un lazo de unión entre Europa y Asia, eslabonando dos mares que siglos y siglos vienen luchando por confundirse en fraternal abrazo para devolver al Oriente la civilización de que le somos deudores, concurriendo las cinco partes del mundo al mejoramiento, al bienestar de todas las razas.

La edad homérica, que tantas maravillas realiza, que suprime las distancias con la locomotora y aproxima los continentes arrojando cables en la inmensidad del Océano, no podía desconocer las inmensas ventajas que la unión del Oriente y el Occidente reportarían al comercio y á la industria y por ende á la civilización.

El siglo XIX necesitaba borrar del mapa el istmo de Suez.

Empresa tan gigantesca exigía un loco de primer orden: la locura en toda su plenitud.

Lo fabuloso, sólo podía ser realizado por el soñador.

La comunicación del mar Rojo y el Mediterráneo son una necesidad.

El problema es difícil: casi superior á los esfuerzos humanos: sólo un visionario es capaz de acariciar tan loco proyecto.

Lo necesario, se cumple de una manera fatal, á despecho de todas las preocupaciones y contrariedades.

Á la duda, á la sonrisa incrédula de los que miran la grandeza del genio por el prisma de la pequeñez propia, sólo se les contesta con un modesto apellido, entre dos admiraciones:

¡¡LESSEPS!!

III

¡¡LESSEPS!!

Yo te saludo: mi humilde pluma es muy poco para hacer el panegírico del genio cuyo nombre universal raya en lo legendario, genio que viene á poner de relieve ese tesón que distingue á los hombres emprendedores.

Á poder expresar el entusiasmo, la admiración que embargaba mi ánimo al atravesar esa parte infinitesimal conquistada al desierto; á poder traducir al humano lenguaje las impresiones é ideas que el sueño realizado acumulaba en mi mente; á poder trasladar al papel con exactitud y colorido la respetuosa

admiración que el estrecho canal inspira, indudablemente podría contar con un título para optar á literarias glorias; pero la ley de las compensaciones es justa; á la propia pequeñez suple con exceso de buen deseo, el aplauso que tributa mi alma al mortal que ha logrado elevar su nombre á las regiones de la inmortalidad.

El pensamiento de canalizar el istmo de Suez tiene una antigüedad respetable, sino es que existió ya en tiempo de los Faraones.

Mr. Lesseps concibió proyecto tan gigantesco en su juventud: acarició por muchos años en el fondo de su alma tan magnífico sueño, midió dificultades, allegó recursos, hizo estudios y trabajos, trazó planos, y con su buen sentido práctico consagró su actividad á crearse un nombre respetable en la diplomacia europea, á conquistarse la estimación y el aprecio de todos los Gobiernos del mundo civilizado, fundando en esto el éxito de su grandioso plan.

Y en verdad que tenía razón.

Asusta el cúmulo de dificultades que ha vencido con una perseverancia digna de imitación; dificultades mantenidas por rivalidades de nacionalidad, mejor dicho, por egoísmo de la soberbia Albión, que no sin pena veía escapársele de las manos el cetro que el comercio mantenía bajo su protectorado, entre Oriente y Occidente.

Cuestiones de mejor derecho; temores, al parecer fundados, de grandes trastornos por el supuesto desnivel de los mares, cuanto el genio más suspicaz inventar puede, hasta dar lugar á conflictos internacionales, todo se puso en juego; pero cuanto más se acumulaban los obstáculos, más se multiplicaba la energía de Lesseps, que con un tacto exquisito supo orillar dificultades, allegar recursos, organizar legiones de soldados pacíficos, que luchando con las contrariedades y rigores del clima, realizaron prácticamente la concepción abstracta, pusieron de manifiesto los ensueños del visionario, que ha logrado remontarse al cénit de la Ciencia.

Del sueño á la realidad media un abismo; pero ese abismo inconmensurable le salva *un loco*.

Este es el triunfo del genio.

El Oriente y el Occidente se dan hoy la mano.

Leseeps ha suprimido la distancia, ha disminuido tres mil leguas de nuestro planeta; ha rectificado el globo con la magia de su talento.

¿Quién podrá enumerar las inmensas ventajas que el canal de Suez reporta al comercio y á la industria, á la civilización y á la humanidad?

¡Ilustre Leseeps! Yo te saludo.

Ni los años abaten tu proverbial energía ni la aureola del triunfo puede adormecer tu imaginación avara de grandes empresas.

Las llanuras del Asia central esperan con avidez oír el civilizador silbido de la locomotora.

Que el ferrocarril asiático sea el complemento de Suez y el día que en mundos mejores os presentéis á dar cuenta del uso que de vuestras facultades y actividad habeis hecho en esta vida, cruzareis entre un coro de inmortales espíritus, que clamarán en infinita armonía:

¡¡Plaza al bienhechor de la humanidad!!

¡¡PLAZA AL LOCO DEL SIGLO XIX!!

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

Á AUGUSTA

(DE BYRON.)

Nublan tinieblas lóbregas el mundo;
Su luz apaga la razón sombría,
Y la esperanza un rayo moribundo
Vierte en falsa vereda y me extravía.

Cayó la noche sobre el alma, y cuando
Lucha funesta el corazón me parte,
Mi maldecido afecto desdeñando,
El débil duda, el egoísta parte.

Huyó la suerte, y el amor con ella;
Su dardo asesta sobre mí la ira;
Sólo en ti veo la propicia estrella
Que sin ocaso en mi horizonte gira.

¡Bendiga Dios tu immaculada lumbre
Que, cual de un ángel la mirada pura,
Constante brilla en la celeste cumbre
Entre mis ojos y la noche oscura!

—
Cuando con turbios pliegues de vapores
Velen tu resplandor pálidas nieblas,
Más brillantes irradia tus fulgores
Y vivida desgarra las tinieblas!

—
Vele siempre por mí tu alma serena
Y mi odio calme ó á la lid me aliente:
Temo más á tu voz, que dulce suena,
Que al estruendo del mundo maldiciente.

—
Cual tronco inmóvil eres, que el ultraje
Firme contrasta del airado viento,
Y cimbreo gallardo su follaje,
Que presta sombra fiel á un monumento.

—
¡Silben los éuros; la borrasca zumbe!
De la tormenta en las horribles horas
Tu frente, árbol amigo, no sucumbe,
Y hojas marchitas sobre mí tú lloras!

—
Jamás el rayo vengador que acaso
Ya amenaza mi sien, hiera tu frente:
Si brilla á la virtud sol sin ocaso,
Verás siempre ese sol resplandeciente!

—
Rotos los lazos todos de mi vida,
Sólo tu casto afecto nadie trunca.
¡Tu corazón padece, mas no olvida;
Tu pecho es tierno siempre, débil nunca!

—
Por mí ese pecho con amor profundo
Latirá cuando á todo esté ya muerto;
Y mientras tú embellezcas este mundo,
No será, no, ni aún para mí, un desierto!

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

IMPRESA,
LIBRERÍA Y OBJETOS DE ESCRITORIO

DE

D. SEBASTIÁN RUIZ

MAYOR, 47, ALBACETE

ESTE Establecimiento continúa abierto al público y como de antiguo, dedicado principalmente á los trabajos tipográficos, aprovechando los adelantos modernos y aminorando los precios, así en los trabajos de más lujo como en los económicos, tales como

LETRAS DE CAMBIO—FACTURAS—RECIBOS
LIBROS TALONARIOS—FOLLETOS—PERIÓDICOS
CIRCULARES—ANUNCIOS—CARTELES—MEMBRES
BILLETES—ESQUELAS FÚNEBRES—CARTAS
ESTADOS DE TODAS CLASES, ETC., ETC.

El lema de esta casa, siempre justificado, es

PRONTITUD Y ECONOMÍA.

En quince minutos ofrecemos, entre otros trabajos, 100 tarjetas de visita en buena cartulina, desde una peseta en adelante.

El 100 de esqueles mortuorias en papel holandesa con alegorias, 6 pesetas.

El 100 de idem, medio holandesa, 4 pesetas.

Por la impresión de 200 miembros para cartas una peseta.

Y en la misma proporción los demás trabajos tipográficos que se encarguen á este Establecimiento.

En objetos de escritorio, un paquete papel regular de 100 cartas y 100 sobres grandes, una peseta 25 céntimos.

Libros en blanco para Diario, Mayor y Copiadores; rayados en todos tamaños y de texto para las escuelas.

REVISTA DE ALBACETE

Colecciones del año 1885. Se hallan de venta al precio de cinco pesetas una, en la Imprenta de este periódico.

IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN DE D. SEBASTIÁN RUIZ
MAYOR, 47, ALBACETE

Obras que se hallan de venta en este Establecimiento.

Poquito á poco, lecciones intuitivas de lenguaje, por Don Julián López Catalán, obra ilustrada con 200 grabados, encuadernada, 4,75 pesetas.

Elementos de Telegrafía eléctrica, por D. Carlos Alvarez Malgorrg, con 93 grabados, encuadernada; 3 pesetas.

El Entremés de Refranes ¿Es de Cervantes?, ensayo de su traducción por D. Cayetano Vidal de Valenciano; 1,50 pesetas.

El Cancionero del Esclavo, colección de poesías por la Sociedad Abolicionista Española; 2 pesetas.

Cualquier cosa, por Carlos Mesia de la Cerda; 3 pesetas.

Novias y Novios, novela por Tarrago; una peseta.

La Señorita Lancy, por Ponsón del Terrail, con grabados, una peseta.

El Heptamerón, cuentos de la reina Margarita de Navarra, una peseta.

Entremeses, por Gómez de Ampuero, una peseta.

La Niña rubia, por ídem; una peseta.

El Hombre y su lugar en la Naturaleza, en el pasado, en el presente y en el porvenir, ó sea ¿De dónde veni-

mos? ¿Quién somos? ¿A dónde vamos?, por D. Luis Buchner; 4 pesetas.

Los Ojos de Emma Rosa, por Montepin; 2 pesetas.

Varios Temas, por D. Luis Pardo Delgado, dos series, á una peseta.

La Mariposa, por Narciso Oller, con una carta-prólogo por E. Zola, en tela; 3,50 pesetas.

Epistolas Familiares y escogidas, por Guevara, en tela; 1,50 pesetas.

OBRAS NUEVAS

La Celestina, por Montepin; 2 pesetas.

Juan Mornas, por Claretie; 2,50 pesetas.

Un matrimonio en la aristocracia, por Feullet, 2,50.

El vientre de París, por Emilio Zola; 2 tomos, 2,50 pesetas.

Toros y Chiraborazos, por Velarde; 1 peseta.

Almanaque Cupidinesco, para 1887; 1 peseta.

Almanaque Festivo, para 1887; 1 peseta.